

5º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



¿Qué sentido tiene el sufrimiento y el dolor que acompañan el camino del hombre por la tierra? ¿Cuál es la "posición" de Dios frente a los dramas que marcan nuestra existencia?

La liturgia del 5º Domingo del tiempo ordinario reflexiona sobre estas cuestiones fundamentales. Nos garantiza que el proyecto de Dios para el hombre no es un proyecto de muerte, sino un proyecto de vida verdadera, de felicidad sin fin.

En la primera lectura, un creyente llamado Job comenta, con amargura y desilusión, el hecho de que su vida está marcada por un sufrimiento atroz y que Dios parece estar ausente e indiferente frente a la desesperación en la que su existencia discurre. A pesar de esto, es a Dios a quien Job se dirige, pues sabe que

Dios es su única esperanza y que fuera de él no hay posibilidad de salvación.

En el Evangelio se manifiesta la eterna preocupación de Dios por la felicidad de sus hijos. En la acción liberadora de Jesús en favor de los hombres, comienza a manifestarse ese mundo nuevo sin sufrimiento, sin opresión, sin exclusión que Dios soñó para los hombres. El texto sugiere, también, que la acción de Jesús tiene que ser continuada por sus discípulos.

La segunda lectura subraya, especialmente, la obligación que los discípulos de Jesús tienen de testimoniar ante los hombres la propuesta liberadora de Jesús. En su acción y en su testimonio, los discípulos de Jesús no pueden ser guiados por intereses personales, sino por el amor a Dios, al Evangelio y a los hermanos.

PRIMERA LECTURA

Mis días se consumen sin esperanza

Lectura del libro de Job

7, 1 - 4.6 - 7

Habló Job, diciendo:

— «El hombre está en la tierra
cumpliendo un servicio,
sus días son los de un jornalero;
como el esclavo, suspira por la sombra,
como el jornalero, aguarda el salario.
Mi herencia son meses baldíos,
me asignan noches de fatiga;
al acostarme pienso:
¿Cuándo me levantaré?
Se alarga la noche
y me hartó de dar vueltas hasta el alba.
Mis días corren más que la lanzadera,
y se consumen sin esperanza.
Recuerda que mi vida es un soplo,
y que mis ojos no verán más la dicha.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Libro de Job es un clásico de la literatura universal. Además de una extraordinaria belleza literaria, este libro presenta una elaborada reflexión sobre algunas de las grandes preguntas que se formula el hombre de todos los tiempos: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál la situación del hombre ante Dios? ¿Cuál el papel de Dios en la vida y en los dramas del hombre? ¿Cuál el sentido del sufrimiento?

Job, el protagonista de esta historia, es presentado como un hombre piadoso, bueno, generoso y lleno de "temor de Dios". Poseía muchos bienes y una familia numerosa. Pero, repentinamente, se vio privado de todos sus bienes, perdió la familia y fue alcanzado por una grave enfermedad.

La historia de los dramas de Job sirve para introducir una reflexión sobre un dogma intocable de la fe israelita: el dogma de la retribución.

Para el catequista tradicional de Israel, la actitud de Dios en relación con los hombres estaba perfectamente definida: Yahvé recompensaba a los buenos por sus buenas obras y los malos recibían siempre un castigo ejemplar por las injusticias y arbitrariedades que practicaban. La justicia de Dios, realizada siempre en esta tierra, era lineal, previsible, lógica, inmutable. Yahvé es, de acuerdo con esta catequesis, un Dios definido, previsible, que se limita a hacer la contabilidad de las acciones buenas y malas del hombre y a pagarle en consecuencia.

Sin embargo, la vida ponía en duda esta visión "oficial" de Dios y de su actuar en la vida del hombre. Se constataba, con alguna frecuencia, que los malos poseían bienes en abundancia y vivían vidas largas y felices, mientras que los justos eran pobres y sufrían por causa de la injusticia y de la violencia de los poderosos. El dogma acababa, sobretodo, por ser totalmente puesto en duda por el problema del sufrimiento del inocente: si un hombre bueno, piadoso, que teme al Señor y que vive en la observancia de los mandamientos sufre, ¿cómo explicar ese sufrimiento?

El Libro de Job reflexiona, precisamente, sobre esta cuestión. El protagonista (Job) discrepa de la teología tradicional (en el libro, representada por cuatro amigos, que intentan explicar a Job que su sufrimiento tiene que ser el resultado lógico de sus faltas) y, a partir de su propia experiencia, denuncia, una fe instalada en prejuicios y en teorías abstractas que no tienen nada que ver con la vida. No acepta las falsas imágenes de Dios fabricadas por los teólogos profesionales, para quien Dios no pasa de ser un comerciante que paga conforme a la calidad de la mercancía que recibe.

Como no puede aceptar ese dios falso, Job marcha en búsqueda del verdadero rostro de Dios. Una búsqueda apasionada, emotiva, dramática, vehemente, templada por el sufrimiento, marcada por la rebeldía y, algunas veces, por la rebelión, Job llega al "cara a cara" con Dios. Descubre a un Dios omnipotente, desconcertante, incomprensible, que sobrepasa definitivamente las lógicas humanas; pero descubre, también, a un Dios que ama con amor de Padre a cada una de sus criaturas. Job reconoce, entonces, su pequeñez y finitud, su incapacidad para comprender los

proyectos de Dios. Reconoce que él no puede juzgar a Dios, ni entenderlo a la luz de la lógica humana. A Job, el hombre finito y limitado sólo le queda una cosa: ponerse totalmente en las manos de ese Dios, incomprensible pero lleno de amor, y confiar plenamente en él. Y es eso lo que Job hace, finalmente.

Nuestro texto forma parte del cuerpo central del libro. Entre 3,1 y 31,40, el autor presenta, en forma de poesía, un diálogo entre Job (el creyente inconformista, polémico, contestatario) y los amigos (los defensores de la teología y de la catequesis tradicionales). En ese diálogo, Job va desmontando los argumentos de la catequesis tradicional de Israel; y va, también, derramando su insatisfacción y rebeldía, en un desafío a ese dios falso que los amigos le presentan y que Job se niega a aceptar.

1.2. Mensaje

El texto que se nos propone hoy se presenta como una reflexión del propio Job sobre el sentido de su vida.

Job comienza presentando consideraciones de carácter general sobre la vida del hombre sobre la tierra. El cuadro presentado es muy negativo. Para mostrar que la vida es dura, triste y dolorosa, utiliza tres ejemplos (vv. 1-2).

El primer ejemplo es el de la vida del soldado, condenado a una existencia de lucha, de riesgo y de sujeción. El segundo ejemplo es el del esclavo, condenado a una vida de trabajo, de tortura y de malos tratos (sólo los breves momentos de descanso, a la sombra, le dan algún alivio). El tercer ejemplo es el del trabajador asalariado, condenado a trabajar duramente de sol a sol (aunque reciba la recompensa de un salario). Estos son, en la época, los tres "estados" considerados más penosos y miserables de la vida del hombre.

Mientras, Job considera que su situación personal todavía es más terrible. El dolor que llena su existencia fatiga más que el trabajo del asalariado; su infelicidad es más dolorosa que la vida de lucha y de riesgo del soldado; su desesperación es más pesada que la sujeción del esclavo. El sufrimiento de Job no le da descanso, ni de noche ni de día, y su desilusión no es atenuada (como en el caso del trabajador) con la esperanza de una recompensa (vv. 3-4.6).

Después de trazar el cuadro de su triste existencia, Job se dirige directamente a Dios (vv. 7 ss.) y le pide que "recuerde" (esto es, que tenga en consideración) la triste situación de su siervo. El texto que la liturgia nos propone, termina aquí. Sin embargo, en la "oración" originada, Job continúa exponiendo a Dios su triste situación (cf. Job 7,7-21). La oración de Job está cargada de desesperación, de amargura y de rebelión contra ese Dios incomprensible y prepotente que rehúsa poner fin al drama de su amigo Job. El grito de sedición de Job brota de un corazón dolorido y sin esperanza y es la expresión de angustia de un hombre que, en su miseria, se siente injustamente tratado y condenado por el mismo Dios; pero es también el grito del creyente que sabe que sólo en Dios puede encontrar la esperanza y el sentido de su existencia.

1.3. Actualización

✚ El sufrimiento, sobre todo el sufrimiento del inocente, es, tal vez, el drama más inexplicable que afecta al hombre a lo largo de su caminar por la historia. ¿Qué razones hay para el sufrimiento de una criatura o de una persona buena y justa? ¿Por qué algunas vidas están marcadas por el sufrimiento atroz y sin esperanza? ¿Cómo se sitúa un Dios bueno, lleno de amor, preocupado por la felicidad de sus hijos frente al drama del sufrimiento humano?

La única respuesta honesta, es decir que no tenemos una respuesta clara y definitiva para esta cuestión. El "sabio" autor del libro de Job nos recuerda, con todo, nuestra pequeñez, nuestras limitaciones, nuestra finitud, nuestra incapacidad para entender los misterios de Dios y para comprender los caminos por donde se desarrollan los proyectos de Dios. De una cosa podemos estar seguros: Dios nos ama con amor de padre y de madre y quiere conducirnos al encuentro de la vida verdadera y definitiva, de la felicidad sin fin. Tal vez no siempre seamos capaces de entender los caminos de Dios y su lógica. Pero, cuando las cosas no tienen sentido desde el punto de vista de nuestra lógica humana, nos queda confiar en el amor y en la bondad de nuestro Dios y entregarnos confiadamente en sus manos.

✚ A lo largo del libro de Job, se multiplican los desahogos heridos de un hombre a quien el sufrimiento ha vuelto duro, exigente, amargo, agresivo, inconformista, hasta rebelde. Sin embargo, Dios nunca condena a su amigo Job por la violencia de sus palabras y de sus exigencias. Dios sabe que las circunstancias de la vida pueden llevar al hombre a la desesperación; por eso, entiende su drama y no toma demasiado en serio sus expresiones menos apropiadas y menos respetuosas. La actitud comprensiva y tolerante de Dios nos invita a una actitud semejante frente a los lamentos de rebeldía y de incompreensión que vienen del corazón de aquellos hermanos a los que la vida maltrata.

¿Qué resonancia tienen en nuestro corazón el lamento sentido de nuestros hermanos, incluso cuando ese lamento asume expresiones más contundentes y chocantes?

✚ Job es también el creyente honesto y libre, que no acepta ciertas imágenes prefabricadas de Dios, presentadas por los profesionales de lo sagrado. Se resiste a creer en un Dios construido a imagen de los esquemas mentales del hombre, que funciona de acuerdo con la lógica humana de la recompensa y del castigo, que se limita a hacer la contabilidad del bien y del mal del hombre y a responder con la misma lógica. Con coraje, corriendo el riesgo de no ser comprendido, Job rechaza a ese dios y busca el verdadero rostro de Dios, ese rostro que no se descubre en los libros o en las discusiones teológicas abstractas, sino en el encuentro "cara a cara", en la aventura de la búsqueda arriesgada, en la novedad infinita del misterio. Ese es el camino que Job, el prototipo del verdadero creyente, nos invita a recorrer.

Salmo responsorial

Salmo 146, 1 - 6

V/. Alabad al Señor,
que sana los corazones destrozados.

R/. Alabad al Señor,
que sana los corazones destrozados.

V/. Alabad al Señor, que la música es buena;
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.
El Señor reconstruye Jerusalén,
reúne a los deportados de Israel.

R/. Alabad al Señor,
que sana los corazones destrozados.

V/. Él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas.
Cuenta el número de las estrellas,
a cada una la llama por su nombre.

R/. Alabad al Señor,
que sana los corazones destrozados.

V/. Nuestro Señor es grande y poderoso,
su sabiduría no tiene medida.
El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados.

R/. Alabad al Señor,
que sana los corazones destrozados.

SEGUNDA LECTURA

¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 9, 16-19.22-23

Hermanos:

El hecho de predicar

no es para mí motivo de orgullo.

No tengo más remedio y,

¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!

Si yo lo hiciera por mi propio gusto,

eso mismo sería mi paga.

Pero, si lo hago a pesar mío,

es que me han encargado este oficio.

Entonces, ¿cuál es la paga?

Precisamente dar a conocer el Evangelio,

anunciándolo de balde,

sin usar el derecho que me da la predicación del Evangelio.

Porque, siendo libre como soy,

me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles.

Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles;

me he hecho todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos.

Y hago todo esto por el Evangelio,

para participar yo también de sus bienes.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Uno de los problemas más serios que afectaban a los cristianos de Corinto (una comunidad joven, viva y entusiasta, pero con sus propias dificultades, que eran fruto, en parte, de estar inserta en un mundo animado por principios muy diferentes de aquellos que están en el origen del mensaje cristiano), era el problema de comer o no comer carne inmolada a los ídolos.

En el mundo griego, los templos eran los principales mataderos de ganado. Los animales eran ofrecidos a los dioses e inmolados en los templos. Una parte del animal era quemada y otra parte pertenecía a los sacerdotes. Sin embargo había siempre sobras, que el personal del templo comercializaba. Esas sobras se encontraban a la venta en los mostradores de los mercados, eran comprados por el pueblo y entraban en la cadena alimenticia. Sin embargo esa situación no dejaba de suscitar algunas interrogantes en los cristianos: comprar esas carnes y comerlas, como hacía todo el mundo, era, de alguna forma, comprometerse con los cultos idolátricos.

¿Era eso lícito? Esa es la cuestión que inquieta a los cristianos de Corinto. A esta cuestión Pablo responde en 1 Cor 8-10. Concretamente, la respuesta aparece en veinte versículos (cf. 1 Cor 8,1-12 y 10,22-29): dado que los ídolos no son nada, comer de esa carne es indiferente; con todo, se debe evitar escandalizar a los más débiles: si hubiese ese peligro, evítese comer de esa carne, a fin de no faltar a la caridad.

Con todo, Pablo va más allá de la cuestión concreta propuesta por los corintios y enuncia un principio general que vale para este caso y vale para cualquier otra situación: lo que es fundamental, no es lo que yo tengo derecho a hacer (aquí, en concreto, comer de la carne inmolada a los ídolos), sino que lo que importa es que mi comportamiento sea guiado por el amor a los hermanos. Ahora, el amor puede, en ciertas circunstancias, exigir que yo renuncie a mis derechos y a mi libertad, en beneficio de los otros (cf. 1 Cor 8,9-13).

Después del enunciado general, Pablo expresa ejemplos y consideraciones concretas.

Él mismo renunció muchas veces a sus derechos, a causa del amor a los hermanos.

Él fue escogido por Dios para ser apóstol y, como apóstol, podía reivindicar ciertos derechos, y vivir a costa del Evangelio. Pero nunca exigió nada porque lo que le preocupaba, antes de nada, no eran sus propios derechos, sino el bien de las comunidades y de los hermanos (cf. 1 Cor 9,1-15).

Es precisamente aquí donde aparece el texto que se nos propone. En él, Pablo explica que anuncia el Evangelio, no por interés propio, sino por el interés de los hermanos.

2.2 Mensaje

Pablo comienza, precisamente, por declarar que el anuncio del Evangelio no es, para él, un título de gloria, sino una obligación que le fue impuesta (v. 16). Es una afirmación sorprendente. ¿Entonces Pablo no anuncia el Evangelio libremente, sino por obligación? Así es, de hecho.

Desde el momento en que encontró a Cristo y escuchó su llamada, Pablo fue convocado para evangelizar. Él se apasionó por Cristo, por su proyecto de liberación en favor de todos los hombres; y esa "pasión" le obligó a dar testimonio de la Buena Nueva de Jesús.

Cuando alguien encuentra a Cristo y se hace discípulo, no puede quedarse parado, sino que tiene que dar testimonio. La expresión "*ay de mí si no anuncio el Evangelio*", traduce ese imperativo que Pablo siente y que brota de su amor a Cristo, al Evangelio y a los hombres.

En verdad, si Pablo evangelizase por iniciativa propia, probablemente buscaría su recompensa; pero una vez que es el amor el que le obliga a evangelizar, la recompensa no le parece importante (vv 17-18).

El principio fundamental que orienta la vida de este hombre, apasionado por Cristo y por el Evangelio, no es la propia libertad, la afirmación de los propios derechos o la defensa de los propios intereses, sino el amor a Cristo y al Evangelio.

Por amor, él renunció a sus derechos y se hizo "siervo de todos" (v. 19); por amor, él renunció a sus propios intereses y perspectivas personales y se identificó con los débiles, haciéndose "todo de todos" (vv. 22-23).

Lo que es fundamental, lo que es decisivo, lo que es absoluto en la vida de Pablo es el amor. Evidentemente, Pablo sugiere, que ese debe ser el principio fundamental que guíe todas las opciones y comportamientos cristianos.

2.3 Actualización

✚ En general, nuestra sociedad es muy sensible a los derechos individuales y valora mucho la libertad. Se trata, sin duda, de una de las dimensiones más significativas y más positivas de la cultura de nuestro tiempo. Con todo, los derechos propios o la propia libertad no son valores absolutos. Dicho de otro modo, la afirmación intransigente de los propios derechos y de la propia libertad puede resultar, a veces, un perjuicio para los otros hermanos.

Para los cristianos, el valor realmente absoluto, y al cual todo lo demás se debe subordinar es el amor. El cristiano sabe que, en ciertas circunstancias, puede ser invitado a renunciar a sus propios derechos y a la propia libertad porque la caridad o el bien de los hermanos así lo exigen.

El amor es para el cristiano el "bien mayor", en vista del cual puede renunciar a "bienes menores". El discípulo de Jesús no puede imponer sus derechos a cualquier precio, sobre todo cuando ese precio implica despreciar a los hermanos.

✚ La expresión "ay de mí si no anuncio el Evangelio", traduce la actitud de quien ha descubierto a Jesucristo y su propuesta y siente la responsabilidad por comunicar esa propuesta liberadora a los otros hombres. Implica el don de sí, el olvido de sus intereses y esquemas personales, para hacer de su vida un don a Cristo, al Reino y a los otros hermanos.

¿Qué eco encuentra en nuestro corazón esta exigencia?

¿Ponemos por delante el amor a Cristo y a nuestros hermanos, antes que nuestros esquemas y programas personales sintiéndonos comprometidos con el Evangelio y con el testimonio del Reino propuesto por Jesús?

✚ El servicio del Evangelio y de los hermanos no puede ser, nunca, un instalarse en una vida fácil, no comprometida, cómoda, poco exigente. Aquél que dedica su vida al servicio del Reino, no es un empleado, con un horario poco exigente y un buen salario, que cumple sus horas, que resuelve los problemas "burocráticos" que la "profesión" le exige y que se retira cómodamente a su mundo aislado, en paz con su conciencia. Sino que es alguien que pone el amor a los hermanos y a la comunidad por encima de todo, que está siempre disponible para servir, que es capaz de renunciar hasta a su tiempo de descanso para acompañar a los hermanos, para escucharlos, para acogerlos.

Para el discípulo de Jesús, el amor debe, siempre, estar por encima de los propios intereses, y convertirse en don, servicio, entrega total.

Aleluya

Mt 8, 17

Cristo tomó nuestras dolencias
y cargó con nuestras enfermedades.

EVANGELIO

Curó a muchos enfermos de diversos males

✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
1, 29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús y sus discípulos de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron.

Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó.

Se le pasó la fiebre y se puso a servirles.

Al anochecer, cuando se puso el sol,

le llevaron todos los enfermos y endemoniados.

La población entera se agolpaba a la puerta.

Curó a muchos enfermos de diversos males

y expulsó muchos demonios;

y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, se marchó al descampado

y allí se puso a orar.

Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron:

— «Todo el mundo te busca.»

Él les respondió:

— «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas,
para predicar también allí; que para eso he salido.»

Así recorrió toda Galilea,

predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

Estamos en la primera parte (cf. Mc 1,14-8,30) del Evangelio de Marcos. Jesús es presentado por el evangelista como el Mesías que proclama esa realidad de un mundo nuevo, una realidad que el propio Jesús llama "Reino de Dios".

Con la llamada de los primeros discípulos (cf. Mc 1,16-20), comienza a constituirse la comunidad del "Reino", esto es, la comunidad de los que escuchan la propuesta de Jesús y se adhieren a esa propuesta.

Enseguida, Marcos muestra la realidad del "Reino" que actúa en el mundo como salvación y liberación, en las palabras y en los gestos de Jesús: con la autoridad que le viene del Padre (cf. Mc 1,21-22) y en comunión total con el Padre, Jesús vence al mal y al dolor que esclavizan al hombre y anuncia un mundo nuevo de libertad y de vida plena.

La actuación de Jesús en el sentido de hacer presente el "Reino", es una actuación que no se limita al espacio de la sinagoga (cf. Mc 1,21-28); se extiende, también, a otros ambientes y ámbitos, porque el "Reino de Dios", que Jesús vino a proponer, se dirige al hombre en todas sus dimensiones y situaciones. El Evangelio de este Domingo nos sitúa en Cafarnaún, una ciudad situada en la margen norte del Lago de Tiberíades, en Galicia.

3.2 Mensaje

El texto que se nos propone presenta a Jesús actuando en el "Reino" como una realidad presente en medio de los hombres.

El evangelista nos propone dos cuadros que presentan realidades distintas pero complementarias del "misterio de Jesús".

El primer cuadro (vv. 29-34), nos sitúa en "casa de Pedro". En la narración de Marcos, con una fuerte preocupación catequética, el objetivo fundamental es sugerir que la misión de Jesús consiste en ofrecer a los hombres la vida nueva, la vida definitiva. En un primer momento, Jesús cura a la suegra de Pedro que "estaba en cama con fiebre" (v. 30). El episodio es descrito con sencillez y sobriedad, sin gestos teatrales innecesarios.

Tres circunstancias sobresalen en la descripción (v. 31).

La primera muy significativa es la indicación de que Jesús "se aproximó" a la suegra de Pedro. Naturalmente, la iniciativa de aproximarse a quien está preso del sufrimiento, de la enfermedad, de la opresión, es siempre de Jesús. Jesús toma la iniciativa pues la misión que recibió del Padre consiste en realizar la liberación del hombre de todo aquello que le hace sufrir y le roba la vida.

La segunda circunstancia importante aparece en la indicación de que Jesús tomó a la enferma de la mano y "la levantó". El verbo utilizado por el evangelista (el verbo

griego "egeirô", "levantar") aparece frecuentemente en contextos de "resurrección" (cf. Mc 5,41; 6,14.16; 9,27; 12,26; 14,28; 16,6). La mujer está postrada por el sufrimiento que le roba la vida; pero el contacto con Jesús le devuelve la vida y equivale a una resurrección.

La tercera circunstancia significativa es la indicación de que la mujer "comenzó a servirles". El efecto inmediato del contacto con Jesús y de la experiencia de vida que brota de él, es la actividad que se concretiza en el servicio de los hermanos.

En un segundo momento, se nos presenta a "la población entera" reunida delante de la puerta de casa de Pedro. "Jesús", dice Marcos, "curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios" (vv. 32-34).

Los enfermos y los posesos del demonio representan aquí a todos aquellos que están privados de vida, que están prisioneros del sufrimiento, de la injusticia, del egoísmo, del pecado. El evangelista nos invita a ver en Jesús a aquel que tiene poder para libertar al hombre de sus miserias más profundas y ofrecerle una vida nueva, una vida libre y feliz.

La "casa de Simón Pedro" (donde Jesús actúa y ante la cual se reúne "toda la población" y busca la liberación que Jesús vino a ofrecer) puede ser, en esta catequesis que Marcos nos propone, una representación de la Iglesia. Jesús está ahí, ofreciendo a la "familia de Pedro" (esto es, su comunidad) vida en ambulancia. En ese espacio familiar, Jesús se aproxima a los hombres, liberándolos de sufrimiento que los esclaviza y aliena, dándoles vida definitiva y capacitándoles para el servicio de los hermanos.

La multitud que se reúne "a la puerta" de la casa de Pedro representa, probablemente, a esa humanidad que busca la liberación y la vida verdadera y que, día a día, mira ansiosamente hacia la "casa de Pedro" (la Iglesia) en busca de Jesús y de su propuesta liberadora.

En el segundo cuadro (v. 35-38), Marcos nos presenta a Jesús retirado en un lugar solitario, en oración. La oración forma parte del ministerio de Jesús. Está en la agenda de sus actividades y de sus compromisos. Es significativo que la actividad de Jesús termina en la oración y que la actividad de Jesús en favor de las multitudes parte, de nuevo, de la oración. La oración es, para Jesús, el culmen y la fuente de la acción.

De esa forma, la oración aparece, también como condición para el surgimiento del "Reino". Es en la oración donde Jesús encuentra la motivación para su acción en pro del "Reino"; es en la oración donde Jesús encuentra la fuerza para liberarse de la tentación de la popularidad fácil y para centrar, de nuevo, su atención en Dios y en sus proyectos.

El encuentro a solas con Dios, no es una alienación, una fuga de los problemas del mundo, sino que es un momento de encuentro con Dios, con sus proyectos y planes para el mundo, y un punto de partida para el compromiso con la transformación del mundo. El encuentro personal con Dios significa una parada en la actividad y un

momento de toma de conciencia de aquello que Dios quiere y del compromiso que Dios pide a sus enviados.

Nuestro texto termina con una especie de resumen, en el que se explicita el sentido del ministerio de Jesús: de su encuentro con el Padre, brota una voluntad renovada de concretar el proyecto de Dios y de actuar en medio de los hombres a fin de ofrecerles la liberación y la vida definitiva. Por eso, cuando Jesús reencuentra a los discípulos, se dispone a atravesar "toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios" (v. 39).

En el texto que se nos propone este Domingo, los "milagros" de Jesús ocupan un espacio significativo. Es preciso ver esos gestos de Jesús, no como gestos espectaculares, destinados a impresionar a las multitudes, sino como "signos del Reino".

Son gestos que anuncian la irrupción, en esta tierra, de ese mundo nuevo, sin exclusión, sin sufrimiento, sin maldición, donde todos, y de una forma especial los pobres y marginados, tienen la posibilidad de ser felices. Anuncian que Dios quiere crear un mundo nuevo, donde no haya impuros, ni proscritos, ni condenados; anuncian una nueva era, de hombres nuevos, viviendo la plenitud de la vida y de la felicidad. Es eso lo que Jesús vino a hacer, y es esa la misión que los discípulos de Jesús deben intentar hacer realidad en la tierra.

3.3 Actualización

✚ Las acciones de Jesús en favor de los hombres que el Evangelio de este Domingo nos presenta, muestran la eterna preocupación de Dios con la vida y la felicidad de sus hijos. El proyecto de Dios para los hombres y para el mundo, no es un proyecto de muerte, sino de vida; el objetivo de Dios es conducir a los hombres al encuentro de ese mundo nuevo (el "Reino de Dios") de donde están ausentes el sufrimiento, la maldición, la exclusión y donde cada persona tiene acceso a la vida verdadera, a la felicidad definitiva, a la salvación.

Tal vez no siempre entendemos el sentido del sufrimiento que nos espera en cada esquina de la vida; tal vez no siempre sean claros, para nosotros, los caminos por donde se desarrollan los proyectos de Dios. Pero Jesús vino a garantizarnos absolutamente el compromiso de Dios con la felicidad y con la liberación del hombre. Nos queda confiar en Dios y entregarnos a su amor.

✚ El encuentro con Jesús y con el "Reino" es siempre una experiencia liberadora. Aceptar la invitación de Jesús a seguirle y a convertirse en "discípulo", significa la ruptura con las cadenas del egoísmo, del orgullo, de la comodidad, de la autosuficiencia, de la injusticia, del pecado que impiden nuestra felicidad y que generan sufrimiento, opresión y muerte en nuestras vidas y en las vidas de nuestros hermanos.

Quien se encuentra con Jesús, escucha y acoge su mensaje y se adhiere al "Reino", asume el compromiso de conducir su vida con los valores del Evangelio y pasa a vivir en el amor, en el perdón, en la tolerancia, en el servicio a los hermanos. Y, en la perspectiva de la catequesis que el Evangelio de hoy nos presenta, un "levantarse", un resucitar a la vida nueva y eterna.

¿Mi encuentro con Jesús constituye, verdaderamente, una experiencia de liberación y me lleva a optar por los valores del Evangelio?

✚ La historia de la suegra de Pedro que, después del encuentro con Jesús, "se puso a servirles" a los que estaban en casa, nos recuerda que del encuentro libertador con Jesús, debe surgir el compromiso con la liberación de nuestros hermanos. Quien encuentra a Jesús y acepta insertarse en el dinamismo del "Reino", se compromete con la transformación del mundo. Comprometerse a realizar, en favor de los hermanos, los mismos "milagros" de Jesús y llevar vida, paz y esperanza a los que sufren, a los marginados, a los oprimidos, a los maltratados injustamente, a los perseguidos, a los que sufren.

¿Mis gestos son señales de la vida de Dios ("milagros") para los hermanos que caminan a mi lado?

✚ En la multitud que se concentra a la puerta de la "casa de Pedro" podemos ver a esa humanidad que anhela por su liberación y que grita, día a día, su frustración por la guerra, por la violencia, por la injusticia, por la miseria, por la exclusión, por la marginación, por la falta de amor.

La Iglesia de Jesucristo (la "casa de Pedro") tiene una propuesta liberadora que viene del propio Jesús y que debe ser ofrecida a todos estos hermanos que viven prisioneros del sufrimiento.

¿Qué es lo que hacemos nosotros, discípulos de Jesús, en el sentido de ofrecer la propuesta liberadora de Jesús a nuestros hermanos oprimidos?

Al mirar a la Iglesia de Jesús, ¿ellos encuentran solidaridad, ayuda, fraternidad, preocupación real por sus dramas y miserias, o solamente discursos teológicos abstractos y dirigidos hacia el cielo?

¿Nuestros hermanos sidosos, enfermos, marginados, olvidados, encuentran en nuestros gestos el amor liberador de Jesús que da esperanza y que aporta el sentido de un mundo nuevo, o encuentran egoísmo, indiferencia, marginación?

✚ El ejemplo de Jesús muestra que la llegada del "Reino de Dios" está ligada a una vida de comunión y de diálogo con Dios. Rezar, no es huir del mundo o alienarse de los problemas del mundo y de los dramas de los hombres. Sino que es una toma de conciencia de los proyectos de Dios para el mundo y un punto de partida hacia el compromiso con el "Reino". Sólo en la comunión y en el diálogo íntimo con Dios percibimos sus proyectos y recibimos la fuerza de Dios para empeñarnos en la transformación del mundo. Es preciso, por tanto, que el discípulo encuentre espacio, en su vida, para la oración, para el diálogo con Dios.